

Capítulo 54 - El recuerdo del Dragón - La balada de un dragón semi-benevolente

Sea cual sea la alegría o la ligereza que sintiera Doomwing, desapareció al acercarse a la meseta. Regal Flame debió percibir el cambio en su ánimo, porque su ritmo se ralentizó y las brasas que dejaba tras de sí se enfriaron. Ella retrocedió suavemente y le permitió avanzar, mientras él tomaba rumbo a tierra cerca de los monumentos que había erigido en memoria de las Catástrofes y de aquellos que cayeron combaténdolas.

Era demasiado consciente de las muchas miradas posadas sobre él. Algunas estaban llenas de asombro, otras cuestionaban, y unas cuantas mostraban duda. Pero no prestó atención a ninguna de ellas. En cambio, su vista se dirigió hacia los cinco monumentos frente a él. Pronto, añadiría un sexto. Pero por ahora, sus recuerdos lo transportaron a través de las Eras. No hacía falta magia de mejora de la memoria. Algunas memorias estaban destinadas a desvanecerse con el tiempo, pero otras, por el contrario, nunca lo harían, para bien o para mal.

De hatchling, nunca entendió realmente el terror, no hasta aquel día en que los cielos se rompieron, los dioses murieron y las escamas fragmentadas de su especie cayeron como lluvia. El Dios Roto le enseñó dos cosas aquel día: terror... y odio.

Había visto al Dios Roto con sus propios ojos, aunque solo desde lejos. Para algunos, el terror era una hoja ensangrentada o un rostro taimado. Para él, el terror sería siempre una aberración retorcida de metal divino corrompido, un titán maldito y miserable cuya imagen había hecho todo lo posible por destruir. No quedaba rastro del Dios Roto en el mundo, salvo en las memorias de los dragones primigenios y en lo más profundo del Sueño Profundo. Este último era un testimonio del poder del Dios Roto y de su condición como el miedo más antiguo y formidable del mundo.

Su mirada se deslizó hasta el segundo monumento. Muchas veces se había preguntado si podía haber hecho algo para convencer a la Madre Árbol. Los Años habían pasado desde su fallecimiento, Años largos llenos de sufrimiento y pérdida. Sin embargo, a pesar de todo el conocimiento adquirido y de la sabiduría que había pagado con sangre y lágrimas, la respuesta nunca cambió. Ella eligió su destino, y al final, él también. En realidad, su decisión la tomó mucho antes de aquel enfrentamiento final. Solo los dioses podrían haber cambiado su rumbo, y para entonces, todos los dioses ya estaban muertos. Una parte de él se alegraba por ello. Dion habría estado inconsolable si hubiera visto a ambos enfrentarse en combate.

Su atención se desplazó hacia el tercer monumento. El Señor de las Mareas. Sus labios se curvaron en una sonrisa. El Señor de las Mareas había sido un adversario digno. No ocultaba sus intenciones, y las perseguía con una energía claramente dracónica. También fue una buena batalla. Una batalla digna. Casi muere, y sin embargo... rara vez se había sentido tan vivo. El Señor de las Mareas había sido su enemigo. No había ninguna historia ni motivo para contenerse o ceder terreno. Era lucha a muerte o muerte en combate. Incluso ahora, tras la Pasada de las Eras, puede recordar cada detalle de aquella pelea.

Si el Señor de las Mareas fue un oponente directo, entonces el Vampiro Loco fue un testimonio de los límites que se pueden alcanzar mediante la astucia. Debería haber sido imposible que algún vampiro se volviera tan poderoso, pero el padre de Marcus demostró que la locura no era impedimento para obtener poder. Habría sido casi admirable si sus métodos no hubieran sido tan repulsivos y las consecuencias tan desastrosas.

Las garras de Doomwing se apretaron con fuerza. Si la meseta hubiera sido menos resistente, habría dejado profundas marcas en ella. Dawnscale había desaparecido tras la Cuarta Catástrofe, y aquel golpe dolió más de lo que cualquier herida infligida por el Vampiro Loco podría haber causado. No tenía idea de si alguna vez volvería. De hecho, ni siquiera sabía si seguía viva.

Era extraño. Aún recordaba la compasión en su mirada cuando se fue. Era una tonta. Una tonta sentimental. Podía correr tan lejos como quisiera, pero nunca encontraría el paraíso que ansiaba. Por muchos mundos que visitara, nunca hallaría uno sin lucha. Pero si llegara a encontrar ese lugar, él no querría participar en él. Era un dragón. No deseaba enfrentarse a más Catástrofes, pero una vida libre de conflictos no valía la pena.

Y luego estaba la Estrella Exiliada. De todos los enemigos a los que había enfrentado a lo largo de los años, solo dos lo habían obligado a dar un paso atrás. El Dios Roto había sido el primero, y la Estrella Exiliada, la otra. Incluso ahora, después de tantos años, esa batalla seguía siendo la más difícil que había librado. Casi llegó a la muerte contra Kagami, pero ella no fue la única. Él y los otros dragones primigenios enfrentaron a la Estrella Exiliada en conjunto, y si algo hubiese salido distinto, habrían perdido. En términos de poder puro en combate, solo el Dios Roto superaba a la Estrella Exiliada. Sin embargo, ese conocimiento se atenuaba por un simple hecho.

La Estrella Exiliada que enfrentaron era solo una minúscula sombra de algo infinitamente mayor. Ese titán de luz, fuego y gloria, un ser cuya Verdad aplastaba el mundo y emitía Juicio sobre todos los demás... esa criatura no era más que una débil sombra proyectada por el resplandor de la verdadera Estrella Exiliada. Dreamsong vislumbró la verdad en las profundidades del Sueño Profundo. La verdadera Estrella Exiliada era un guardián caído, cuya fuerza una vez protegió millones y millones de mundos, y cuya mirada podía haber reducido su mundo a polvo en mil millones de ocasiones.

El fragmento de la Estrella Exiliada que enfrentaron era solo un grano de arena en una playa extendida hasta el infinito. El enemigo que los llevó al borde de la muerte era solo una pequeña fracción de un todo inconmensurable que, de alguna manera, había logrado atravesar las defensas que impedían que la Estrella Exiliada arrasara con innumerables mundos.

Si Ashheart hubiera tenido menos suerte, si Doomwing hubiera sido incluso una fracción de segundo más lento con su magia, si alguno de ellos hubiera cometido siquiera un leve error... lo mejor era no pensar en ello. Sin embargo, esa batalla también le permitió a Doomwing vislumbrar lo que hay más allá de la oscuridad entre mundos. Por poderoso que fuera él y los otros dragones primigenios, no eran más que peces muy grandes en el estanque más pequeño. Más allá de su mundo, más allá del cielo y la sombra, existían poderes que no podían ni soñar comprender.

Una persona más débil quizás habría sido destruida por ese conocimiento.

Pero Doomwing no era un débil.

Así sea.

Quizá existan poderes allá afuera más allá de su entendimiento. Si ese fuera el caso, simplemente tendría que encontrar la forma de comprenderlos. Más aún, ese conocimiento le daba esperanza de que una Quinta Despertar sería posible. Y lo que vislumbró en los momentos en que se quedó en el borde de la muerte, tras ser alcanzado por la lanza de metal divino de Kagami, solo fortaleció esa creencia. Un Cuarto Despertar debe ser posible — y mucho más.

“¿Cuándo añadirás el sexto monumento?” preguntó Regal Flame. Ella podía desplazarse con una suavidad realmente notable cuando quería, o quizás él simplemente había estado demasiado absorto en sus propios pensamientos.

Se apartó de los monumentos. No se sentía molesto porque ella hubiera hablado; al contrario, le alegraba que ella lo hubiera sacado de su introspección antes de que la melancolía lo venciera. Le recordaba los viejos días de su juventud, cuando Stormtooth lo arrastraba a alguna aventura loca cada vez que las burlas de sus compañeros o sus propias fallas deprimían su ánimo. Mother Tree los llamaba unos tontos, pero siempre lo decía con una sonrisa, por lo que sus palabras sonaban más a exasperación que a una verdadera reprimenda.

“Todavía no,” gruñó. “Sé los nombres que deseo añadir al monumento.” Y había un nombre en particular que le venía a la mente. “Sin embargo, tú y los demás debéis tener también nombres que deséis agregar. Quiero conocer esos nombres, para que puedan ser incluidos. Todos los que entregaron sus vidas para derrotar la Sexta Catástrofe deben ser recordados.”

“Bien.” La mirada de Regal Flame se volvió más compleja. “Ella fue... tu amiga, ¿verdad?”

“Lo fue.” En las raras ocasiones en que Doomwing pensaba en Kagami, prefería recordar cómo era antes de que su locura y paranoia la poseyeran. La criatura abominable en la que se había convertido no había sido su amiga. No. Cualquier parte de Kagami que alguna vez hubiese sido su amiga había muerto mucho antes de que él la derrotara. “Pero la criatura que maté no era ninguna amiga mía.”

Regal Flame no dijo nada, pero la intensidad de su mirada le dejó claro que comprendía. Por supuesto. Ella también debió haber tenido que acabar con amigos y aliados después de que la hechicería de Kagami los enloqueciera. Hablaba muy bien de Firetail. La lealtad del draco nunca vaciló, ni siquiera por un instante. Nunca fue uno de los seguidores más poderosos de Regal Flame,

incluso antes de quedar herido por las garras de Soulseeker. Pero siempre fue el más leal, y esa lealtad merecía el más alto elogio.

“¿Es cierto que ella te golpeó con una lanza de metal divino?” preguntó Regal Flame. “No dudo de tus palabras... pero... solo los dioses pueden crear metal divino. Cuando ellos mueren, lo que queda desaparece con ellos. ¿Cómo pudo ella poseer una lanza hecha de eso?”

Doomwing casi tocó el lugar donde la lanza de Kagami le había atravesado el pecho. La herida se había sanado, pero todavía le quedaba el impacto de ver aquella arma. “Sé muy bien lo imposible que suena, pero era metal divino.” El fuego comenzó a arder en sus fauces. “Recuerdo cómo se sentía el metal divino desde la Primera Era. Jamás podría confundirlo con otra cosa. No sé de dónde lo consiguió ella, pero no tengo dudas: era realmente metal divino.”

“Pero tú pudiste destruirlo.” Regal Flame ladeó la cabeza. “Por lo que recuerdo de la Primera Era y las enseñanzas de Mother Tree, eso debería ser imposible. Solo los dioses pueden destruir el metal divino. Eso, en parte, fue lo que hizo al Dios Roto un enemigo terrible. Solo los dioses pueden herirlo.”

“Y tu padre,” dijo Doomwing. “Solo él, de entre todas las creaciones de los dioses, pudo herir a ese enemigo tan terrible.” Sacudió la cabeza. “En realidad, no estoy seguro de cómo logré destruirlo. Quizá, el método que ella usó para obtenerlo lo debilitó de alguna forma. Lo único que puedo afirmar con certeza es que no queda nada de ello.” Y, ¿no era una lástima? Mucho podría haber aprendido de una lanza forjada con metal divino, pero no estuvo en posición de detenerse cuando enfrentó esa arma. “Sin embargo, a pesar de la herida que recibí, estoy agradecido.”

—¿Ah?— Regal Flame se deslizó hacia adelante, con los ojos brillando de curiosidad. —¿Por qué es eso?

—Casi muero. Sin embargo, en el filo de la muerte, vi algo que me llenó de esperanza.—

—¿Qué viste?

—Un ojo.— Doomwing estremeciéndose. —Un enorme ojo plateado. Un ojo de dragón. Lo vi mientras mi alma se desplazaba por el plano astral.— Sacó los dientes. —El metal divino no solo es temible por su poder físico, sino porque apela a algo más que el cuerpo. También poseo magia que me permite percibir el plano astral. Cada vez que lo he mirado, he visto una luz, una resplandecencia que parece estar en todas partes y al mismo tiempo provenir de ninguna. Era allí, en el borde de la muerte, que comprendí.— Lo dijo con un tono grave. —Lo que durante tanto tiempo pensé que era la luz del plano astral, en realidad era la mirada de ese ojo plateado.

Regal Flame quedó en silencio, observando. —Eso... para que algo así sea posible, para que un dragón posea tal poder...—

Doomwing sonrió con dientes afilados. —Un dragón así prueba que el Cuarto Despertar no es el fin.— Se rió suavemente. —Para ser sinceros, he sospechado hace mucho de eso. Después de todo, tu padre logró herir al Dios Roto. Él fue el más poderoso de todos nosotros, pero si los demás dragones de esa era no lograron nada, quizás, en sus últimos momentos, encontró la forma de

volverse algo más, de trascender el Cuarto Despertar.—

Regal Flame sonrió, y su gesto reflejaba una amarga resignación. —Mi padre era diferente a otros dragones. Yo era tan joven entonces, pero incluso en esa infancia, lo supe.— Se quedó en silencio unos momentos. —Si alguien podía haber ido más allá del Cuarto Despertar, ese habría sido él. Pero, viejos conocimientos, poderes o lo que fuera que hubiera obtenido, se perdieron con su muerte.— Aspiró profundo y se volvió hacia los monumentos. Debía ser extraño para ella. Había sido tan joven cuando Sovereign Flame falleció. Conocía más de él por las historias de Mother Tree que por experiencias cercanas. —¿Cómo reunirás los nombres para el sexto monumento? Puedo proporcionarte una lista, aunque otros... no todos serán fáciles de contactar. De hecho, algunos no tienen ningún interés en hablar contigo.—

Los ojos de Doomwing brillaron, y casi lanzó un resoplido de desprecio. Sabía muy bien cuán molestos podían ser algunos de sus pares dragones primordiales. Pocos eran tan tontos como Souseeker, pero tenían sus propias maneras de ser fastidiosos. Algunos, como Stormbringer, resultaban manejables, aunque algo excéntricos. Cómo derivaba tal diversión desde lanzar criaturas desafortunadas a la Balsa de la Ascensión nunca dejó de sorprenderlo, ni su suerte dejaba de irritarlo. Pero había otros que eran mucho más difíciles de tratar. Al menos pensaba en dos que estaban tan dispuestos a atacarlo como a dialogar con él. Visitarlos uno por uno sería enormemente ineficiente y peligrosamente imprudente. Tenía una mejor idea.

—Convocaré una reunión entre todos los dragones primordiales—, anunció Doomwing al fin. Su cola golpeó el suelo con firmeza. —Aquí, en esta meseta. Mucho tiempo he estado durmiendo, y en ese período, el mundo ha cambiado profundamente. Las promesas se han olvidado. Los juramentos se han abandonado. Quiero recordarles sus responsabilidades. Quiero que tengan presente que, si desean evitar que se repita la Sexta Catástrofe —y los sacrificios que ésta requirió—, debemos renovar una vez más esos antiguos compromisos y juramentos.

Regal Flame rio con alegría. Era un sonido agradable, no burlón sino lleno de júbilo. “¿Una reunión entre todos los dragones primordiales? Sí. Sin duda tienes el derecho de convocar tal encuentro, y ya hace demasiado tiempo que no nos reunimos todos. Sin embargo, contactar a los demás no será tarea fácil. Están muy lejos, y algunos incluso se han retirado del mundo y viven en soledad.”

Doomwing se levantó con toda su altura y desplegó sus alas. La llama surgió en sus mandíbulas, y su poder caía sobre él como un manto oscuro. “Soy Doomwing. Cuando yo llame, ellos responderán. Mi magia se encargará de eso.” Sus ojos brillaban como pozos de oro fundido. “Si entre tus seguidores hay alguno con talento para la magia de comunicación, te sugiero que los llames. No sé si aprenderán algo simplemente observándome, pero tal vez puedan captar una o dos cosas si su talento es suficiente.”

“¿Qué piensas hacer?”

“Llamaré a los demás, pero de una forma que no puedan ignorar.”

Regal Flame había enviado aviso a aquellos entre sus seguidores que poseían talento en magia de comunicación o que tenían algún interés genuino en la magia. No le sorprendió que tanto Frostfang como Squallwing llegaran también. Presenciar el trabajo de Doomwing con una poderosa magia

fuera del combate era una oportunidad rara y valiosa. De hecho, el mero hecho de que Doomwing considerara su técnica digna de observación demostraba cuán potente debía ser. Sus estándares eran tan elevados que lo que la mayoría consideraba magia de la máxima calidad él encontraba tan mundano que no merecía ser examinado de cerca.

Había una parte de ella que se sentía decepcionada, pues un día que había transcurrido tan bien fue consumido por viejos remordimientos y tristezas. Sin embargo, eso formaba parte de quien era Doomwing. El dolor que a veces caía sobre él como un manto y la tristeza que permanecía como el aroma de la lluvia tras la tormenta — no podía apartarlos con facilidad, igual que no podía cambiar su esencia. La forma de ser de Doomwing era sufrir con tanta intensidad como le importaba. Nunca admitiría esto, pero ella lo conocía desde hace mucho tiempo. Lo había visto en sus mejores y peores momentos. Y, a diferencia de tantos otros, estaba segura de que su duelo y tristeza nunca lo vencerían. Él era Doomwing. Sufriría, lloraría, heriría, padecería. Pero nunca se rendiría. Hacerlo sería una vergüenza para los sacrificios de quienes lo precedieron. Hacerlo equivaldría a que sus amigos murieran en vano, y eso no podía permitirse. Doomwing era como los dragones antiguos. Moriría antes que quebrarse.

“¿Qué va a hacer?” preguntó Squallwing a Frostfang.

El joven dragón casi vibraba de emoción. Desde su llegada, ella había aprendido mucho sobre él, tanto por observación como por sus seguidoras. En la mayoría de los aspectos, no era impresionante, sobre todo considerando su linaje. No volaba bien. Sus capacidades físicas eran escasas. Incluso su poder mágico era mediocre.

Lo que sí poseía era un amor profundo por la magia — no solo las grandes magias que podían nivelar montañas y hervir mares, sino toda clase de magia. Ella le había otorgado acceso a los libros, pergaminos y tablillas que abordaban lo que los dragones consideraban magias menores. Poco se molestaban en observárselos durante mucho tiempo, pues esas magias generalmente se consideraban mundanas y aburridas. Squallwing había estado perfectamente contento sumergido en ellas. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que él encontraba alegría en el simple acto de aprender magia, por muy débil o trivial que fuera. Era como un humano tambaleándose en el desierto, y esas magias modestas que otros miraban con desprecio, él las consideraba como agua fresca y pura.

Era extrañamente adorable.

También explicaba su interés por Doomwing. Si Ashheart era el dragón más poderoso en términos puramente físicos, entonces lo mismo podía decirse de Doomwing en cuanto a magia. Si acaso, la diferencia entre Doomwing y el siguiente dragón más habilidoso en magia era mayor que la que existía entre Ashheart y el segundo más fuerte.

No había ni un solo aspecto de la magia en el que Doomwing pudiera considerarse inferior. No se trataba de talento. Claro que Doomwing era talentoso. Sin embargo, había encontrado formas de sobresalir en áreas donde incluso su propia naturaleza jugaba en su contra. Eso había sido menos una cuestión de talento y más una cuestión de terquedad y orgullo implacables. Él era Doomwing. Permitir que algún aspecto de la magia se le escapara sería inimaginable, similar a dejar que un

tesoro invaluable se deslizará entre sus garras. Es posible que hubiese dragones de la Primera Era que poseían más poder mágico que él, pero ella estaba segura de que su conocimiento no tenía igual.

“Un hechizo de comunicación — lo suficientemente potente para alcanzar a todos los dragones primordiales del mundo, sin importar su ubicación.”

Frostfang rió entre dientes. “¿Sin usar su espejo?” Regal Flame asintió. “Entonces parece que Doomwing pretende recordar a los demás por qué lo seguimos en la batalla. Tal hazaña estaría fuera de nuestras capacidades.”

Las chispas de escarcha flotaban en el aire mientras Regal Flame inclinaba la cabeza en señal de reconocimiento. Incluso para un dragón primordial, alcanzar de un continente a otro no era tarea sencilla, y eso solo con un objetivo en mente. ¿Contactar a todos los dragones primordiales del mundo al mismo tiempo, sin importar la distancia? Solo Doomwing sería lo suficientemente imprudente para intentarlo — y lo bastante hábil para lograrlo.

La mirada de Regal Flame recorrió a la multitud que se había congregado. Muchos dragones habían venido a ver, pero mantenían una distancia respetuosa de Doomwing, que se encontraba en el centro de la meseta. Si le molestaba su atención, no dio muestra de ello. En cambio, se limitó a esperar hasta que Regal Flame le diera permiso para comenzar.

Era una cortesía. La magia de mayor nivel casi siempre afectaba el área circundante. Como gobernante de este territorio, sería una vergüenza que actuara sin su autorización. Doomwing podía ser cruel con quienes consideraba dignos de desprecio, pero era cortés con quienes había ganado su respeto.

Al ver que estaban presentes todos los dragones que ella esperaba, Regal Flame exhaló un breve chorro de fuego hacia el aire. Era la señal para que él comenzara. Doomwing asintió en señal de reconocimiento y luego cerró los ojos.

Las cejas de Regal Flame se fruncieron. Había esperado que ejerciera su poder de inmediato, que tomara la inmensa fuente de energía que llevaba dentro y la usara para hacer que la realidad se ajustara a sus demandas. Así solían manejar los dragones la magia. Daban órdenes y el mundo obedecía. Lo que Doomwing hacía ahora era... diferente.

Su poder se filtraba en el área a su alrededor, fluía casi suavemente hacia las abundantes corrientes de magia que recorrían la meseta. No era un rugido que doblegara al mundo. Era más parecido a la comunión entre dríades y las tierras en las que habitan. Sus ojos se ampliaron mientras una débil murmuración de confusión recorría a la multitud. Todavía no lo percibían, pero ella podía.

Sea lo que sea que estuviera haciendo, las corrientes mágicas comenzaban a cambiar — y no solo alrededor de Doomwing. Todas las corrientes mágicas, cada una que atravesaba la meseta y su dominio, empezaron a pulsar y a emitir un zumbido. Y el ritmo que seguían no pertenecía al mundo, sino al corazón de Doomwing. Ella miró a Frostfang. Él también debía haberlo sentido, pues sus ojos se ampliaron. Lo que Doomwing hacía, él tampoco lo había visto antes.

Lentamente, los susurros de confusión se transformaron en asombro. Los demás habían empezado a percibir lo que ella y Frostfang ya habían notado. Algo que casi parecía una sonrisa cruzó los labios de Doomwing, aunque sus ojos permanecían cerrados. Con todas las corrientes de magia latiendo en sincronía con su corazón, ella esperó a que usara su telequinesis. Podría tomar control de ellas y moldearlas en un hechizo de comunicación verdaderamente impresionante.

Eso no fue lo que hizo.

En cambio, mantuvo los ojos cerrados... y comenzó a bailar.

Y las corrientes de magia se movieron con él.

“Esto...” susurró Frostfang.

“¿Lo reconoces?” preguntó Regal Flame.

Los movimientos de Doomwing le eran desconocidos, al menos, ella nunca había visto a un dragón realizar algo así. Sin embargo, había en ellos algo, algo que tiraba de sus recuerdos. Se sintió tentada de usar magia de memoria, pero sería de mala educación hacerlo mientras Doomwing estaba ocupado. Sí. Sin duda había visto movimientos similares antes, pero ¿dónde?

“Sí.” Frostfang negó con la cabeza y luego se detuvo. “Sí. Lo recuerdo. Vi algo parecido durante la Quinta Era. Entre las criaturas de aquella época, había un grupo de poderosos tigre-humanos. No poseían la magia más fuerte, pero encontraron la manera de... comunicarse con las corrientes mágicas a su alrededor. Eso les permitió crecer de una pequeña tribu a gobernantes de una nación poderosa. Esto... lo que Doomwing está haciendo me recuerda a ello, pero con movimientos adaptados a la anatomía de un dragón.”

“Pero, ¿cómo pudo Doomwing haber aprendido algo así? Los tigre-humanos habrían mantenido ese método en secreto.” Y Regal Flame sabía muy bien que, incluso entre aquellas especies que los dragones solían despreciar, había quienes preferirían morir antes que compartir sus secretos con los dragones.

Mientras Doomwing seguía bailando, ella se fue convenciendo cada vez más de que Frostfang tenía razón. Sabía cómo luchaba. Había luchado a su lado muchas veces. Sus movimientos ahora eran distintos a los habituales. Había algo claramente felino en ellos, algo inconfundible, similar a los tigre-humanos que había vislumbrado en el pasado. Esto no podía ser algo que Doomwing hubiera aprendido solo con observación, por muy aguda que fuera su percepción. Esto había sido algo que le habían enseñado. Pero era difícil imaginar a Doomwing dejando a un lado su orgullo para pedirle lecciones a un tigre-humano, y aún más difícil era imaginar a un tigre-humano que tuviera la valentía y audacia de enseñarle.

A medida que el baile de Doomwing continuaba, las corrientes mágicas respondieron con un entusiasmo cada vez mayor. Y esas mismas respuestas dejaron de estar confinadas a las corrientes mágicas que fluían por la tierra. Las corrientes mágicas que atravesaban el cielo comenzaron a imitarlas. Lo que había empezado como temblores suaves en las corrientes mágicas se convirtió en alteraciones cada vez más finas y precisas. Su danza entretejía las corrientes

mágicas en un hechizo de comunicación, cuyos cimientos abarcaban toda su dominio y los cielos que lo sobrevolaban.

Finalmente, Doomwing se detuvo, pero las corrientes mágicas siguieron bailando al ritmo firme y constante de su corazón. Abrió los ojos y comenzó a hablar, y Regal Flame supo de inmediato que sus palabras serían llevadas lejos, muy lejos, más allá de su dominio, cabalgando sobre las corrientes mágicas que atravesaban la tierra y el cielo. Dirigiendo su atención hacia el horizonte, pudo percibir los ecos de su danza extendiéndose como ondas en un estanque. Cuando llegaron al mar, no se detuvieron. En cambio, las corrientes mágicas que fluían por las aguas del mundo también comenzaron a moverse.

Incluso Doomwing no tenía la fuerza suficiente para difundir sus palabras por todo el mundo. Pero no era necesario. A través de su danza, había solicitado al mundo que las propagara en su lugar.

Y el mundo accedió.

Impensable.

Doomwing quedó satisfecho con el mensaje que había enviado, tanto por las palabras que había pronunciado como por la fuerza que había demostrado. Todos los dragones, especialmente los dragones primordiales, preferían vivir cerca de lugares de poder donde la magia abundaba. Sus palabras resonarían como truenos en tales sitios, transportadas por las corrientes mágicas que atravesaban la tierra, el mar y el cielo. Desde las alturas del firmamento hasta las profundidades del océano, no había un solo lugar de poder donde sus palabras permanecieran sin ser escuchadas.

Pero por ahora, prefería descansar. La técnica que había empleado no era sencilla, pues era muy diferente a la magia normalmente utilizada por los dragones. En ciertos aspectos, incluso podía considerarse contraria a su propia naturaleza. Sin embargo, era también la mejor forma que se le ocurriera para difundir su mensaje. Además, sabía que sus congéneres primordiales quedarían desconcertados por cómo lo había logrado. Su curiosidad — junto con los incentivos que había ofrecido — les darían razones suficientes para acudir a la reunión que había convocado.

“Espero que este lugar sea de vuestro agrado.”

Doomwing giró la cabeza. Regal Flame le había ofrecido una guarida para usar durante su estancia. “Es más que adecuada.” La guarida que le había concedido pertenecía a uno de los grandes dragones de la Primera Era, una leyenda creada poco después de su propio padre. Por ello, era enorme incluso a su escala. Naturalmente, sin embargo, no quedaba ningún tesoro. Tales cosas ya habían sido llevadas a otros lugares hace mucho tiempo. Aun así, el gesto no carecía de significado. Indicaba que era un huésped que ella estimaba profundamente. “Le doy mi agradecimiento.”

“Pronto llegarán los demás,” comentó ella. “Quizá en apenas unos días.”

“Creo que Stormbringer será la primera en aparecer,” refunfuñó. “Quizá sería prudente advertir a los habitantes del desierto para que no se ahoguen en las lluvias que ella trae.”

Regal Flame sonrió con ironía. “De todos nosotros, su nombre quizás sea el más adecuado. Me contó que, el día que salió del huevo, el clima era despejado y sin una sola nube en el cielo. Sin embargo, cuando nació, se armó una tormenta, y en lugar de cielos claros, la recibieron lluvias y truenos. Por eso, sus padres la bautizaron como Stormbringer — porque ella traía consigo una tormenta.”

Doomwing resopló. “Cuento que hay que creer a pies juntillas. Ella me dijo una vez que la propia Tempest Claw sugirió ese nombre a sus padres. Si le preguntas a Frostfang, sospecho que te contará otra historia.”

“Stormbringer siempre ha sido traviesa,” replicó Regal Flame. “Pero en lo que realmente importa, es en la que se puede confiar.”

Doomwing frunció el ceño. “Eso, al menos, es cierto.” Aunque era imprudente, Stormbringer no carecía de valor. Había respondido cada vez que la llamaban, y había entregado todo en cada batalla, sin importar quién fuera el enemigo. Ya fuera el Señor de las Mareas o la Estrella Exiliada, no daba pasos atrás. Como las tormentas por las que lleva su nombre, era una fuerza de la naturaleza. “Los demás no vendrán solos.” Inclino la cabeza. “Tendré que solicitar tu ayuda para ocuparte de su hospedaje y otras cosas por el estilo.”

Regal Flame negó con un simple movimiento de ala, dejando a un lado sus preocupaciones. “No es una molestia. Reunirnos aquí, en mi dominio, es un honor sumo. Y con ese honor vienen ciertas responsabilidades. Además, soy más que capaz de albergar a los demás y a sus seguidores por un tiempo.”

“Sí. Observé muchas cosas sobre tu dominio durante nuestro vuelo, y he notado aún más desde entonces.” Hizo una pausa. La alabanza siempre le resultaba incómoda, pero ella lo merecía. “De entre todos nosotros, tu dominio es el mejor, y tú eres la razón de ello.” Recordó la devastación que Guildseeker y sus seguidores habían causado durante su traición. El dominio de Regal Flame había quedado en ruinas entonces, pero ahora prosperaba. Solo se podía lograr tal grandeza con un liderazgo excepcional.

Regal Flame parpadeó sorprendido. Doomwing contuvo una mueca de dolor. ¿Era realmente tan tacaño en sus elogios como para merecer esa reacción? Una voz en el fondo de su mente, que sonaba sospechosamente como Marcus, le recordaba que no era tanto tacaño, sino un idiota que generalmente parecía incapaz de dar elogios. Hmm... ahora que lo pensaba, es casi seguro que Marcus había pronunciado esas mismas palabras, y en más de una ocasión también.

“¿De verdad?” dijo Regal Flame. Sus alas y cola se agitaban inquietas. “Gracias.”

“No hace falta agradecer. Solo digo la verdad.” Había visto los dominios de otros dragones primordiales. Algunos habían logrado mucho por sí mismos. Sin embargo, ninguno podía igualar las habilidades de Regal Flame como líder y administradora. No era casualidad que su influencia se extendiera por toda la región y que casi todos los dragones que no seguían a otros primordiales la veneraran como líder. “Con esto en mente, espero que no te moleste si te pido consejo más adelante.”

Ella detuvo sus alas y su cola. “Por supuesto. Estaré encantada de ofrecer la sabiduría y conocimientos que pueda.” Hizo una pausa. “Hace un momento... la magia que usaste... Frostfang dijo que era similar a una técnica utilizada por un grupo de tigres de la Quinta Era.”

Hmm. No esperaba que Frostfang notara eso, pero... ah. Sí. Frostfang había pasado algún tiempo cerca de los pueblos bestiales durante la Quinta Era, persiguiendo un artefacto antiguo que se había perdido entre las inundaciones de la Tercera Era. “Lo que hice realmente se basa en una técnica ideada por los pueblos tigre.”

“¿Cómo aprendiste esa técnica?” preguntó Regal Flame. “Sé que pasaste algún tiempo en ese continente, pero no pudo haber aprendido esa técnica fácilmente.”

“Era un secreto guardado por la familia real,” respondió Doomwing. “Pero tuve la suerte de aprenderlo de alguien que hacía mucho tiempo había abandonado su nombre y títulos. Cuando nos conocimos, él ya era un simple monje. Pensaba que algún día lo encontraría útil. Fue... un regalo, uno de muchos que me entregó. Creía que era mejor dejarlo en mis manos que permitir que se olvidara. Había sido usado para hacer grandes males, pero también para hacer grandes bienes. Parecía convencido de que lo usaría para lo segundo.”

Regal Flame lo miró, y nuevamente le vino a la mente que ella era sorprendentemente perspicaz en asuntos así. Sus ojos eran agudos y su ingenio afilado. Solo era lo suficientemente tacta para saber cuándo hablar y cuándo mantenerse en silencio. “Debes haber sido buenos amigos.”

“¿Qué te lleva a pensar que éramos amigos?” preguntó, aunque su conclusión no era incorrecta.

“Conozco bien a Doomwing. Tú tienes tu orgullo. Aunque la técnica te pareciera fascinante, habrías intentado resolverla por ti mismo si hubieras podido. Para que estés dispuesto a aprender de esta persona, debes haber confiado en él y valorado su opinión. Además, recordar a alguien después de tantos años, solo lo hacen los amigos más leales o los enemigos más temibles; y por la forma en que hablas de él, no fue un enemigo.”

“¡Ja!” Doomwing echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. “Dreamsong es más perspicaz que tú.” El ojo de Regal Flame parpadeó nerviosamente. “Pero... prefiero tu enfoque. A veces conviene hablar a medias, y otras veces es mejor ser directo.” Sus labios se esforzaron en una mueca, como si intentara ocultar una sonrisa. “El nombre de mi amigo era Hermano Tigre, y viajé con él hasta que cayó en combate. Creo que le habría gustado conocerte.”

“¿Cayó en combate?” preguntó Regal Flame.

“Sí. Contra los seguidores de la Estrella Exiliada. Murió solo, sin heridas en la espalda, y ningún enemigo logró cruzar la senda que defendía. Fue una muerte digna de historias y canciones. Una muerte digna de un dragón.”

Y una vez más, cuando ella hablaba, parecía como si conociera los pensamientos que guardaba en su corazón. “La muerte de un amigo es una pérdida trágica, por muy gloriosa que sea.” Hizo una pausa. “Es la primera vez que mencionas a Hermano Tigre ante mí.”

En verdad, Doomwing prefería compartir la historia de su tiempo con Hermano Tigre con amigos no dragones. Podían entender mejor la historia. Por ejemplo, él y Ashheart habían sido amigos durante mucho, mucho tiempo. Sin embargo, sabía que el otro dragón no vería la historia igual que él. Para Ashheart, habría pocas razones para lamentar. Hermano Tigre había encontrado una muerte digna de cualquier dragón. Eso era algo para celebrar. Después de todo, Hermano Tigre había muerto de una manera que incluso Ashheart consideraría digna de elogio. Pero Regal Flame tenía muchos amigos que no eran dragones, desde los antiguos días de la Madre Árbol hasta ahora, en que, a pesar de que muchos otros buscaban el honor, Firetail seguía siendo su herald.

“¿Puedes contarme más sobre él?” preguntó Regal Flame.

“¿Qué deseas saber?”

Su voz contenía un leve tono de picardía. “Eres Doomwing. Todos saben lo exquisitos que son tus estándares. Para que lo consideres amigo, debe haber sido verdaderamente digno de conocer. Seguro tienes muchas historias que contar.”

Se encontró sonriendo. Era la respuesta correcta.

“Muy bien.” Doomwing se acomodó y le hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo. “Pero no hablaré más de cómo murió. Mejor hablaré de cómo vivió.”

Revisión #1

Creado 28 agosto 2026 21:43:31 por Alice Johnson

Actualizado 28 agosto 2026 21:43:40 por Alice Johnson